

José María Zavala

Pasiones REGIAS

*De los Saboya a los Borbones,
las intrigas palaciegas más desconocidas
y escandalosas de la Historia*



JOSÉ MARÍA ZAVALA

Pasiones regias

De los Saboya a los Borbones, las intrigas
más desconocidas y escandalosas de la Historia

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Paloma, mi más regia pasión

INTRODUCCIÓN

Secretos dinásticos

«En la Corona, estas cosas se tapan», me susurraba al oído antes de fallecer, como si temiera que alguien más pudiera oírle, Leandro de Borbón, hijo reconocido del rey Alfonso XIII. Aludía el infortunado Leandro en aquella ocasión al homicidio silenciado del infante sordomudo Jaime de Borbón, padre del duque de Cádiz, a manos de su segunda esposa, la prusiana Carlota Tiedemann, que le propinó un botellazo letal en la cabeza durante una violenta discusión.

Y ahora nos preguntamos: ¿cuántos otros secretos, de mayor o menor enjundia que aquél, permanecen todavía hoy soterrados en las catacumbas palaciegas de medio mundo?

Si el lector ha tenido oportunidad de comprobar ya cómo la realidad supera con creces la ficción en el caso de los Borbones en mis dos obras anteriores *La maldición de los Borbones* y *Bastardos y Borbones*, convertidas en sendos best sellers que aún siguen reeditándose al cabo de los años, con igual razón podrá hacerlo ahora en estas nuevas páginas donde se rescatan historias desconocidas o ignoradas a propósito de otras dinastías también, cuyos representantes desfilan por ellas sin disfraces ni velos de ningún tipo.

La Historia, con mayúscula, se escribe asimismo con anécdotas de personajes de sobra conocidos para el común de los mortales, pero en gran parte ignotos. Curiosa paradoja.

Aunque las anécdotas, por sí solas, no bastan a veces para armar el complejo puzzle de la Historia si no van respaldadas con documentos que avalen su autenticidad. He aquí el difícil reto para el historiador: combinar el rigor científico con la amenidad del relato.

Fruto de ese equilibrio inestable es también este nuevo libro que tiene ahora en sus manos y que se suma a otras tantas incursiones mías en los más intrincados pasadizos de los alcázares regios.

Luis Alberto de Cuenca, Premio Nacional de Poesía, ha resumido en una sola pincelada la actitud de quien esto escribe a la hora de enfrentarse a un enigma histórico. «Zavala —asegura el exsecretario de Estado de Cultura— es un grandísimo investigador, tipo Tintín, capaz de viajar a cualquier parte para hallar un archivo desconocido.» Una manifestación certera, sin duda, pues confieso que desde pequeño he sucumbido a la pasión por la Historia y también, cómo no, ante esas irresistibles «pasiones regias» que impregnan la intrahistoria de las dinastías europeas, siempre en busca de los documentos y los testimonios que puedan dar fe de ellas con el noble propósito de sacarlas a la luz.

¿Sabemos, si no, cómo murió en realidad la princesa Mafalda de Saboya a manos de la Gestapo? ¿Conocemos las fobias de la reina Isabel de Baviera? ¿Estamos en condiciones de acreditar por qué la reina Cristina de Suecia era una mujer caprichosa y extravagante? ¿O de probar si Luis Feli-

pe de Orleáns era hijo o no de un vulgar carcelero? ¿O tal vez de responder a si la reina María Luisa de Habsburgo, esposa del gran Napoleón Bonaparte, murió envenenada? ¿Y qué podemos añadir sobre Luis XI de Francia: sabemos acaso dónde está enterrado? ¿Somos conscientes de hasta qué punto la «peste sanguínea» de la hemofilia ha sacudido, cual bruja maléfica, a la monarquía europea? ¿Alguien, que no sepamos, está en condiciones quizás de identificar hoy de una vez por todas al célebre prisionero de la máscara de hierro?

Estas y otras muchas historias regias se entremezclan en estas páginas, que ahora corresponde al lector juzgar.

Pero anticipemos ya alguno de esos episodios insólitos: diecisiete años después de la muerte trágica de Mafalda de Saboya, en el verano de 1961, su hijo el príncipe Enrico d'Assia recibió en Villa Polissena la llamada telefónica de la señora Louise Durbin, de Wichita, Kansas (Estados Unidos). ¿Qué pretendía esa desconocida mujer al cabo de tanto tiempo? Ni más ni menos que entregar en mano al príncipe un documento donde revelaba los últimos días de su madre en el campo de concentración de Buchenwald. Conoceremos ahora con todo lujo de detalles el cautiverio de Mafalda de Saboya en el averno nazi, gracias a la periodista italiana Cristina Siccardi.

Hagámonos otra pregunta más: ¿cómo conciliar el comportamiento sexual de toda una reina como Cristina de Suecia, a quien algunos autores han tildado de lesbiana, con el hecho de que Pedro Calderón de la Barca, uno de los más insignes literatos barrocos del Siglo de Oro espa-

ñol, escribiese nada menos que un auto sacramental, la mayor manifestación literaria de la fe religiosa, titulado *La protesta de la fe*, basándose curiosamente en su puritana vida? Saldremos muy pronto de dudas.

Como también descifraremos la misteriosa muerte de María Luisa de Habsburgo con la ayuda, entre otros, de Paul Ginisty, escritor y periodista francés que publicó dos artículos muy interesantes, que han pasado hasta ahora inadvertidos, sobre la muerte de la emperatriz en la revista satírica *Gil Blas*, impresa en Madrid entre 1864 y 1872.

Ginisty conoció a Guy de Maupassant, quien le dedicó su popular cuento *Mon oncle Sosthène* [Mi tío Sosthène], y dirigió el teatro del Odeón en París, inaugurado por la reina María Antonieta el 9 de abril de 1782. ¿Qué nos aventura Ginisty sobre el envenenamiento de la esposa de Napoleón?

Napoleón Bonaparte, precisamente, se lamentaba al final de su vida por no haber podido descifrar el enigma de la Historia que más ha picado la curiosidad a tantas generaciones y seguirá haciéndolo, sin lugar a dudas, durante muchas más: ¿quién fue el hombre de la máscara de hierro? Todo el mundo habrá oído hablar alguna vez de este personaje furtivo del que se hizo eco el príncipe de las letras Alejandro Dumas en su célebre novela *El vizconde de Bragelonne*, última parte de su no menos famosa trilogía de los mosqueteros, que se publicó en 1847, o habrá visto la película homónima protagonizada por Leonardo DiCaprio en 1998. Pero ¿era en realidad el hermano gemelo del rey Luis XIV de Francia, hecho cautivo para que no pudiese disputar

el trono al monarca reinante, el prisionero enmascarado más célebre de la Historia, tal como sostenía Voltaire? Tendremos oportunidad de aclararlo también.

Por otra parte, no deja de resultar paradójico que el rey Luis XI, pese a su acreditada necrofobia, mandara preparar su tumba en vida y que se acostase incluso en ella varias veces para convencerse de que estaba hecha a su medida. Tan preocupado estaba porque se respetase el lugar de su sepultura, que obtuvo una bula papal de excomunión contra quien intentase cambiarlo. Su expreso deseo era descansar para siempre a los pies de Nuestra Señora de Cléry, agradecido por su intercesión en las circunstancias más críticas de su vida. Pero la amenaza de excomunión no logró que su último sueño y el de su segunda esposa, Carlota de Saboya, con quien había contraído matrimonio tras enviudar de Margarita Estuardo en 1451, se respetase como Dios mandaba. Ahora sabremos por fin dónde yace inhumado, tras la invasión de los bárbaros hugonotes y la posterior profanación de los descamisados, en 1792.

Y como broche dorado a este paseo de la mano por los laberintos palatinos, dedicamos varios capítulos a quien hemos dado en llamar «el rey del lujo», que no es otro que Juan Carlos I, un apasionado, parafraseando el título del libro, de los yates, los coches o las cacerías. Conoceremos así detalles insospechados sobre quien portó la corona de España durante casi cuarenta años, los mismos que Franco, el cual acabó designándole su heredero en la Jefatura del Estado a título de rey, conforme a su Ley de Sucesión de 1947.

«Para escribir un libro sobre el patrimonio de los Borbones —advierte el hispanista estadounidense Stanley G. Payne, doctor y académico de la Historia— hace falta una combinación de pericia especializada, experiencia historiográfica y literaria, y finalmente el coraje moral o público para llevar el estudio hasta sus últimas consecuencias sin caer en el chismorreo, el sensacionalismo o la especulación morbosa. José María Zavala nos exhibe exactamente la combinación de talentos para llevar a cabo tal empeño con éxito.»

Ojalá que muchos lectores suscriban las generosas palabras de un historiador de la talla de Stanley G. Payne tras la lectura de este libro. Quedaré satisfecho, en cualquier caso, si una vez más logro que alguien vuelva a sorprenderse ante hechos que ignoraba o creía conocer.

EL AUTOR

en Campoamor, a 16 de agosto de 2017

1

Prisionera de la Gestapo

Un documento providencial, inesperado, sirvió para desvelar gran parte del misterio que se cernía aún sobre la muerte de la princesa italiana Mafalda de Saboya a manos de la Gestapo.

Fecha el 14 de julio de 1945 en Berlin-Wannsee y firmado de puño y letra por Tony Breitscheid, mujer del diputado socialdemócrata alemán apellidado así y compañera de Mafalda de Saboya en el campo de concentración de Buchenwald, el legajo ponía al descubierto detalles insospechados sobre el martirio infligido a una buena esposa y madre de familia de estirpe regia por parte del demonio nazi.

Pero antes de adentrarnos en la tragedia, presentemos a nuestra primera protagonista, cuya gran pasión fue precisamente su propia muerte. Aludimos, cómo no, a la princesa Mafalda de Saboya, nacida en Roma el 19 de noviembre de 1902 y fallecida en Buchenwald el 28 de agosto de 1944, antes de cumplir los cuarenta y dos años de edad.

Su padre, el rey Víctor Manuel III, subió al trono de Italia tras el asesinato de su antecesor, Humberto I, el 29 de julio de 1900. Aquel funesto día, el anarquista Gaetano Bresci, venido de América, vengó en Monza a los muertos de

Adua y de Milán vaciándole entero al monarca el cargador de su pistola. El destino cruel quiso que el rey no llevase puesta aquella calurosa mañana la faja de malla metálica.

Coronado como Víctor Manuel III, el pueblo italiano gozó desde el principio de un soberano culto y seguro de sus decisiones, como un buen Saboya. Con razón, sus padres confiaron su educación al coronel Egidio Osio, que había sido agregado militar en Berlín y admiraba el modelo prusiano. El maestro educó así al futuro monarca en el dominio de varios idiomas y en el conocimiento de las dinastías, la heráldica y la historia militar, los cuales combinó con su pasión por la numismática, la pesca y la caza.

Pese a su físico poco agraciado, pues tenía las piernas muy cortas y una estatura tan baja que debió rebajarse la medida de alistamiento a 1,51 metros para no excluir al comandante en jefe del Ejército italiano, Víctor Manuel III colmó al principio las expectativas de gran parte de sus súbditos. Sin embargo, acabó refugiándose en la intimidad de la vida privada con la montenegrina Elena Petrovich, corpulenta y más alta de lo normal, con la que había contraído matrimonio en 1896.

Más que en reina, Elena se erigió en una madre de familia ejemplar que enseñaba a sus hijas, empezando por Mafalda, a hacer punto, chaquetas y almohadones, y a preparar exquisitos postres.

Muy pronto, la popularidad del padre de Mafalda cayó en picado. Tres hechos bastaron para poner de manifiesto su decaimiento: los disparos de revólver contra el coche regio el 14 de marzo de 1912, efectuados por el anarquista

Antonio D'Alba; la llamada Semana Roja, dos años después, durante la cual se enarboló el pendón de la República en las ciudades de la Emilia y la Romaña; y el derrumbamiento de tantos tronos al término de la Primera Guerra Mundial.

Víctor Manuel III acabaría en manos de Benito Mussolini. No en vano, llegó a decirse que el Duce envidiaba a Hitler y a Franco porque no tenían un rey. Aun así, Mussolini se mostró obsequioso con el monarca, manteniéndolo, eso sí, en la sombra: en esa misma penumbra que el propio soberano no desdeñaba con su escasa vida cortesana, sus contadas relaciones con la aristocracia y su reconcentrada vida de hogar.

Finalmente, tras la crisis política y la humillación que supuso la inesperada muerte de su hija Mafalda y la irremediable pérdida de vista de la reina, Víctor Manuel III abdicó en su hijo Humberto II el 9 de mayo de 1946. Esa misma noche, partió hacia Egipto, donde le aguardaban ya el rey Faruk y la reina Fawzia.

Falleció el 28 de diciembre de 1947 en la villa que había comprado en Alejandría y a la que bautizó como Yela, el nombre montenegrino de su mujer, que también padeció en vida el aldabonazo de la muerte de su hija Mafalda.

LA PRINCESA AL TRASLUZ

¿Y cómo era Mafalda de Saboya en unas pocas pinceladas?

La periodista italiana Cristina Siccardi, autora de una de las mejores biografías de la princesa publicadas hasta la fecha, nos la describe como una persona «muy sencilla, indulgente, benévola y amable».

Era también una mujer culta e inteligente, como su padre, con una personalidad arrolladora, además de una madre ejemplar tras el nacimiento de sus cuatro hijos: Maurizio, Enrico, Ottone y Elisabetta.

De salud frágil, se enfrentó con toda su ilusión y no poco esfuerzo a cada embarazo, el último de los cuales se desarrolló cuando tenía ya treinta y ocho años.

«No es casual —advierte Siccardi— que sus últimas palabras fueran: “Italianos, yo muero. Recordadme no como una princesa, sino como una hermana vuestra italiana”..»

Cristina Siccardi visitó hace ya casi veinte años, para componer su excelente libro *Mafalda di Savoia*, la residencia romana de nuestra primera protagonista. En Villa Polissena todo se conservaba entonces como aquel fatídico 22 de septiembre de 1943 en que Mafalda fue arrestada: muebles, libros, recuerdos, fotografías, el dormitorio en sí... Su segundogénito, el príncipe Enrico d'Assia, quiso preservar el palacete del paso del tiempo para convertirlo en un templo donde se palpan todavía hoy las huellas indelebles de una mujer que jamás conoció el odio ni el rencor, razón por cual fue capaz de perdonar a sus verdugos.

¿Cómo entender, si no, que existan en Italia en la actualidad más de ciento cincuenta calles, plazas y jardines públicos dedicados a Mafalda de Saboya, incluidas algunas ciudades tradicionalmente antimonárquicas como Forlì o Mó-

dena? ¿Y que haya cipos y monumentos erigidos en su honor, junto a escuelas italianas que llevan su nombre o casi medio centenar de clubes dedicados a su memoria?

Siccardi destaca el importante papel político e histórico que desempeñó el príncipe Enrico d'Assia y, en consecuencia, la terrible venganza nazi que se cebó con su familia, dado que el príncipe alemán se había casado con una Saboya. ¿Qué mejor presa, entonces, que la hija del rey Víctor Manuel III, el soberano del armisticio de septiembre de 1943 que condujo a Italia a la capitulación durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Y qué peor pecado para los máximos dignatarios del Tercer Reich que mezclar la sangre real germana con la de los traidores Saboya?

En el exterior de la neoclásica Villa Polissena, cerca del muro que la rodea, a la izquierda de la puerta de hierro verde flanqueada y dominada por dos leones de mármol, se vislumbra un pequeño altar presidido por un relieve de la Virgen con el Niño, a la que Mafalda era muy devota, junto a un busto de la princesa sobre un pedestal grabado a hierro y fuego con este sentido epitafio:

En memoria de Mafalda de Saboya, princesa d'Assia, nacida en Roma el 19 de noviembre de 1902 y fallecida mártir en Buchenwald el 28 de agosto de 1944.

Otras fuentes, como la Wikipedia, sin embargo, fechan su defunción el día 27 de agosto.